

UN DISCURSO DE
LLOYD GEORGE

Sigue la guerra dando lecciones a España. Sigue la guerra, aún con su salvagismo, dando lecciones de vida civil, de doctrina liberal, a España. ¿No es una lección este discurso de Lloyd George? En este momento, en que nuestro Gobierno se opone a que se abran las Cortes; en este momento, en que nuestro Gobierno suspende mitines y conferencias y denuncia periódicos; en este momento en que nuestro Gobierno, neutral, absolutamente neutral, reduce al silencio a los comentaristas de la guerra, en Inglaterra, un ministro, el de mayor responsabilidad, el ministro de Municiones, Lloyd George, habla y habla...

Y habla, no de hechos pequeños, ajenos a la guerra; no de problemas trascendentales, con solución más allá del plano de la guerra. No. Habla de la guerra. Habla solamente de la guerra. Habla de los mo-

tivos que han inducido a Italia a intervenir; habla de las dificultades que al avance de las escuadras aliadas en los Dardanelos ha creado la actitud de Grecia; habla de la organización del ejército francés; habla de los motivos que han producido las derrotas de los rusos; habla del carácter especial de esta guerra; habla de las municiones; habla de la falta de preparación de Inglaterra y de la necesidad de proveer inmediatamente, urgentemente de estas municiones a los ejércitos aliados. Más en concreto. Lloyd George, ministro de una nación en guerra, habla en público de la guerra. ¿Cómo será nuestra neutralidad, cuál será la limitación de nuestro espíritu, que, en paz, alejados de la guerra, hemos de callar; hemos de guardar con respeto al problema que afecta a otros países una actitud que los países afectados no se creen obligados a guardar?

* * *

El discurso de Lloyd George puede dividirse en dos partes. La primera sirve para demostrar que es esta guerra, una guerra de municiones. La segunda constituye una invocación a los ciudadanos in-

gleses para que se dispongan a organizar las industrias nacionales con objeto de proveer de todas las municiones necesarias a los ejércitos que luchan por la misma causa que Inglaterra.

La primera parte es sobria, sencilla, documentada. Lloyd George se limita a señalar hechos, a exponerlos con claridad, a dejar, después del detalle de cada uno, un breve comentario, una razonada apostilla. Las derrotas de los rusos en los campos de Galitzia son debidas a la falta de municiones. No pueden atribuirse a poco estudio de sus planes o a decaimiento de su ánimo. Los franceses no avanzan con la rapidez que todos deseáramos por falta de municiones. Los ingleses, nosotros—dice Lloyd George—no podemos entrar con toda el alma en la guerra hasta que dispongamos del material, de los medios indispensables no sólo para luchar, sino para triunfar. Esta—exclama Lloyd George—es una guerra de municiones. Y nosotros no estábamos preparados para ninguna guerra; no estábamos preparados sobre todo para una guerra que tuviera este aspecto especial. Hemos de hacer en

minutos, en días, lo que no hemos hecho en docenas de años.

Y aquí entra la segunda parte del discurso de Lloyd George. «Si nosotros hubiéramos estado en situación de emplear los mismos procedimientos que los alemanes en nuestro frente, de romper sus líneas, de rechazarlos a tantas millas como ellos han rechazado a los rusos en Galitzia ¿qué habría ocurrido? Que hubieran sido expulsados de Francia. Habrían sido echados casi por completo de las llanuras devastadas de los dos Flandes. Habrían sido ya expulsados de esta región, que han torturado con espantosa crueldad. Más aún. Habríamos entrado ahora en Alemania y estaríamos próximos a ver el fin de esta horrible guerra. Esto es lo que pueden hacer los obreros y sólo ellos.»

Esto es lo que pueden hacer los obreros y sólo ellos, dice Lloyd George. Y al hablar así, cambia el tono moderado de su voz. Caldea la palabra por la emoción. Alienta, entusiasmo, eleva los corazones. «En Francia—exclama—los particulares han prestado al Estado en esta hora crítica un auxilio de un valor inestimable.

Las últimas victorias del ejército francés son debidas en gran parte al esfuerzo de la industria francesa. Las casas que construyen automóviles, locomotoras y máquinas de todas clases se organizaron con tiempo para fabricar material de guerra y municiones. Esta ayuda potente de su industria es la que ha permitido a los franceses en estos últimos meses abrir brecha en las líneas alemanas. Yo solicito aquí vuestra ayuda para proporcionar de igual modo a nuestras tropas el medio de romper las líneas alemanas, y estoy seguro de que haréis lo que se os pide.» Fijáos. Lloyd George es ministro. Es ministro de un país que está en guerra. Es el ministro de Municiones en el Gobierno de este país que se halla en guerra.

¿Y qué hace? ¿Prohíbe que se hable de municiones en su país? No. ¿Impide que se hable de la guerra con objeto de que no se señalen las causas de algunas derrotas o la lentitud en algunas victorias? No. ¿Se empareda en su ministerio, sin luz de la calle, sin aire de la calle, para dictar, solo las providencias, las disposiciones que crea necesarias? No. Pronuncia discursos

para provocar disputas sobre las municiones. Habla de la guerra para que por todos se analicen los motivos de los avances y de los retrocesos. Busca tribunas públicas, como un propagandista cualquiera, para oír la voz del pueblo, para recibir los deseos, las impresiones, los anhelos, las esperanzas, los juicios, del pueblo. No es el dictador español que trama una ley en colaboración con los sables de la guardia civil. Es el legislador europeo que incorpora a las leyes las aspiraciones nacionales.

«Solicito vuestra ayuda», dice Lloyd George. Y esta es lección para el Gobierno español y para España. Porque mientras el Gobierno español en este momento sostiene los Bancos, las Compañías navieras, los grandes industriales, el Gobierno inglés vuelve los ojos a los obreros. A los obreros que son el músculo, que son la organización, que son el trabajo. Vuelve los ojos a los obreros, alentándolos para la obra, y defendiéndolos a la vez del negocio, del beneficio, que sin esfuerzo podrían hacer los grandes capitales, los grandes industriales. Todo lo contrario de

lo que ahora hace el Gobierno español.

Y es una lección para España también. Porque las palabras de Lloyd George revelan que la sociedad inglesa se fundamenta sobre una base de mutua confianza. Y la confianza—confianza en los otros; confianza en nosotros mismos—es una virtud que yace apagada, muerta, en el fondo de los pueblos españoles. En Inglaterra, el Gobierno puede confiar en el pueblo. En España, un español no puede confiar en otro. Ni siquiera puede confiar en sí mismo.

LECCIONES DE LA HISTORIA.—BISMARCK Y ESPAÑA

En la cara de Bismarck está el alma de Bismarck. Vedlo. Más que frente tiene ceño y cejas: ceño marcado, cejas fieras. Más que frente tiene unos ojos siempre abiertos, siempre fijos en un punto. Más que frente tiene labios; unos labios que se contraen, que permanecen siempre cerrados. Más que surcos en la frente tiene surcos hondos en los ojos, en las mejillas, en las comisuras. Y es que Bismarck más que una inteligencia fué una voluntad; más que una inteligencia mal ordenada fué una voluntad bien dirigida.

Bismarck creó, quiso formar a su imagen y semejanza, la Alemania que hoy celebra su centenario. Bismarck encontró una tierra deshecha por los granaderos franceses. Encontró un grupo de naciones pequeñas unidas por la raza, por la lengua, por la geografía, por las costumbres y separadas por odios, por rivalidades, por antagonismos ancestrales. Vió que se-

paradas y odiándose serían vencidas. Pensó que unidas y amándose vencerían su propio mal y vencerían el mal extraño. Y puso su alma en la obra de la unidad alemana.

Puso su alma. Pero decir que puso su alma, no es decir que puso su inteligencia; no. Es decir que puso su voluntad, su fiereza. Bismarck creyó en la eficacia de la unidad alemana. Creyó en la necesidad de la unidad alemana. Creyó en la precisión, en la urgencia de la unidad alemana. ¿Soñó, para conseguirla, en contratos como los establecidos por Rousseau; en pactos como los definidos por Pi y Margall? No. Ni contratos, ni pactos, ni intervención democrática, ni consentimiento de los que habían de unirse. «Las cuestiones vitales —dijo el mismo Bismarck— han de resolverse, no por medio de discursos ni de resoluciones adoptadas por mayoría, sino a sangre y fuego.» Y a sangre y fuego estableció la unidad alemana. Y a sangre y fuego realizó su ideal. En 1864 emprende la guerra contra Dinamarca por su administración de los ducados de Schleswig-Holstein, incorporándolos al territorio prusiano.

siano. En 1866 declara la guerra contra Austria, vencéndola. Y en 1870 inicia la guerra contra Francia, tomando París en enero de 1871. ¿A quién faltaba ya reducir? A nadie. ¿A dónde era necesario llevar ya la sangre y el fuego? A ningún sitio. Los Estados alemanes que no habían ingresado en la Federación entraron después de la toma de París, reconociendo al rey de Prusia como jefe absoluto. La sangre y el fuego, o el temor a la sangre y el fuego, habían vencido a todos. La unidad estaba ya hecha. El ideal de Bismarck estaba ya realizado. ¿Estaba ya realizado? En apariencia, sí; de momento, sí. En realidad; para siempre, no. El mismo Bismarck no veía su obra consolidada. Más fuertes que la obra veía los enemigos de la obra: los enemigos que la obra tenía fuera de Alemania; los enemigos que la obra tenía dentro de Alemania. Italia era un peligro para la unidad alemana. El pecho de Bismarck no descansó hasta que en 1882 vio a Italia formando parte de la Triple Alianza. Rusia era otro peligro para la unidad alemana. Pero Bismarck, el hombre de la sangre y el fuego, guardó

siempre para el imperio moscovita atenciones cordiales; logró que el Emperador y el Zar se llamaran hermanos, y si tuvo atada a Italia por las cadenas diplomáticas sujetó a Rusia con lazos de cordialidad. Así conjuró el peligro de los enemigos de fuera.

Los enemigos de dentro eran peores, más temibles. Los enemigos de dentro no pudo reducirlos Bismark. Existen aún hoy. Son los que acaban hoy con Alemania. Son la ambición ciega de los de arriba y la disciplina esclava de los de abajo. Son los sentimientos que nacieron en el alma de los germanos cuando vieron que por la sangre y por el fuego podía constituirse en menos de diez años un imperio. Son el orgullo y el desvío de Alemania por ser Alemania, sin ver que Alemania es Alemania, no por el esfuerzo de Alemania, sino por la fiereza de Bismarck.

Son los enemigos de dentro los malos enemigos. Bismark, conseguida la unidad quiso impedir que la deshicieran los de fuera y contuvo a Rusia y retuvo a Italia. Y quiso impedir que la deshicieran para no tener más guerras, para trabajar

en paz; para trabajar en la paz. Para poder levantar con el trabajo, con la cultura, con la virtud, con la riqueza, lo que había cimentado con la sangre y con el fuego. Por esto, cuando los enemigos de dentro querían salir de sus fronteras, extenderse, les decía: «Para nosotros alemanes, las colonias son exactamente como las sedas y los dorados sables para el polaco que no tiene camisa para llevar interiormente.» Lo mismo que Fichte, cuando les aconsejaba que por fuera, redujeran los límites; que por dentro, los extendieran cada día más. «Por dentro sin límites; por fuera limitados» dicen las propias palabras del filósofo.

Los enemigos de dentro no han sabido vencerse a sí mismos. Se han desencadenado. Han desencadenado con ello a los enemigos de fuera. Y el Imperio construido por la sangre y por el fuego, por la sangre y por el fuego está deshaciéndose... Lección esta que España puede recoger. Porque también España se constituyó por la sangre y por el fuego. También España ha tenido siempre desatados los enemigos de dentro. Y hoy más que ayer. Hoy más

que nunca. Tanto que si Bismarck viviera; al hombre con dorados sables, con sedas y sin camisa, que quería representar como símbolo de la ambición política, sin medida y sin medios, no le llamaría polaco: le llamaría español. Español de la España del siglo XX.

CUANDO TERMINE LA GUERRA.—EL HOGAR PATRIOTICO

Antes de estallar la guerra europea se señalaba como uno de los vicios que más minaban la organización francesa, este: la disminución de natalidad, la baja de población. Y al contraponer al estado decadente de Francia, la vida pujante y brava de Alemania, se marcaba como una de las más nobles virtudes de la sociedad alemana, esta: el aumento de natalidad, el alza en el censo de población. ¿Cuántas acusaciones no hemos leído en nuestro mismo país contra la mujer francesa que «se plantaba» al tener la primera pareja de hijos? ¿Cuántos elogios no hemos visto prodigados a la mujer alemana que cifraba el encanto del hogar con el aumento de la prole?

La explosión de la guerra acentuó estos juicios. Al contemplar, en los primeros días de la tragedia cómo los alemanes se acercaban a las fortalezas de París, el clamor fué unánime: «ahora pagan los

franceses sus vicios», se decía; «ahora encuentran los alemanes el premio de sus virtudes». Y las censuras fueron siguiendo cuando llegaron a Francia las tropas coloniales. «Francia, argüía uno, tropieza ahora con la falta de hombres.» «El hogar desierto, escribía otro, es, en este momento, el ejército débil.» «El pecado de los padres, afirmaba un tercero, lo purgan en este instante los hijos.» Si Francia, declaraba retóricamente un cuarto, hubiera pensado en dar vida a más seres, no tendría que llorar a estas horas la muerte de tantos franceses.» Y con las censuras a Francia seguían las alabanzas a Alemania. «Alemania, argüía uno, disfruta ahora de la ventaja de un censo crecido de población.» «El hogar numeroso escribía otro, es, en este momento, el ejército fuerte.» Alabanzas que iban viniendo, formando líneas paralelas con la crítica que se hacía del pueblo francés. La falta de natalidad era el vicio de Francia.

El exceso de natalidad era la virtud de Alemania.

¿Perduran estos juicios? La gente ha ido estudiando el origen de la guerra, sus

principios. Ha pasado de la contemplación de las acciones militares al análisis de los motivos que ha producido la guerra. Ha salido del aspecto brillante y luminoso de la guerra para buscar en el fondo el nacimiento de sus raíces... Y con ello ha descubierto que si una de las causas de la inquietud de Francia era su falta de natalidad, una de las causas principales de la agresión de Alemania era su exceso de natalidad. Y lo ha descubierto en los mismos textos alemanes: «En 1871—escribe el príncipe de Bülow en su libro *La Política Alemana*—en 1871, el nuevo Imperio alemán reunía dentro de sus fronteras 41.058.792 habitantes. Todos hallaban sostén y trabajo en su propio suelo, mejor y con más facilidad que antes, debido a la protección del Poder nacional, mucho más fortalecido, a las múltiples condiciones comerciales que facilitó la fundación del Imperio y a los beneficios de una nueva legislación extendida a todo el territorio alemán. Pero en 1900, el número de habitantes se había elevado ya a 56.367,178, y hoy pasa de 65 millones. El Imperio no podía ya mantener dentro de sus antiguos

límites esta masa de población. Este enorme crecimiento planteó a la economía y por consecuencia a la política alemana, un grave problema que forzosamente tenía que ser resuelto si no se quería que el exceso de las fuerzas alemanas que la patria no estaba en condiciones de mantener, beneficiara a extraños países. En el año 1885 emigraron unos 171,000 alemanes; en 1892 salieron 116,339; en 1898 tan sólo 22,921 y en este último número se ha contenido desde entonces el promedio de la emigración. Así, en 1885, Alemania no podía proporcionar condiciones favorables de existencia a un número de habitantes inferior en unos 20 millones al total de los 66 millones de súbditos que hoy forman el imperio». ¿Está claro? ¿Se ve claro lo que ha representado para Alemania su exceso de natalidad? Pues más claro aún se vé en esta obra de Franz Koehler, que con el título *Der Neue Dreibund* ha publicado en 1915 su quinta edición la casa Lehmann de Munich. «Dado el crecimiento de la población en las potencias germanas, dice, no está lejos el día en que éstas, a pesar de su admirable adelanto económico y téc-

nico, no estarán en condiciones de sustentarse a sí mismas, ni aún en pié de guerra. En las colonias no hay que poner grandes ilusiones. Es preciso preocuparse una mayor base agrícola en casa o en las puertas de casa. Es claro que esta necesidad sólo puede satisfacerse en el Este a costa de Rusia y quebrantando la voluntad del imperialismo ruso». El imperio no puede ya mantener dentro de sus límites su masa de población, escribe el príncipe de Bülow. Las potencias germánicas no están ya en condiciones de sustentarse a sí mismas, escribe Franz Koheler. ¿No se ve en este aumento de población que no puede sustentarse, que no cabe dentro de los antiguos límites, uno de los motivos de la guerra? ¿No se adivina en estos millares de alemanes que no pueden vivir en su patria, la necesidad de Alemania, de extenderse, de colonizar, de luchar, de disputar a otras naciones, su territorio, su hegemonía? Sí.

La falta de natalidad de Francia ha creado momentos de inquietud, horas de peligro. Sí. Pero el exceso de natalidad de Alemania, ha producido la guerra. La fal-

ta de hombres de Francia ha debilitado a Francia, ha estado a punto de perderle. Sí. Pero el exceso de hombres de Alemania, ha obligado a esta nación a la aventura más inhumana que señalará la historia. ¿Qué ideas prevalecerán cuando la guerra termine? ¿Pensará Francia en llegar a la natalidad de Alemania para ser fuerte, para extender su imperio, para dominar? ¿Pensará Alemania, dolorida por la guerra, en reducir su población a la extensión de sus límites?

Anatole France, dice, que si Francia hubiese tenido mayor población, hubiera tenido mayor ejército, hubiera contenido a los alemanes más allá de sus fronteras. Es cierto. Pero es cierto también, que si Alemania no hubiera alcanzado tanta población no hubiera pensado en la guerra. Y sin la guerra, Francia no habría sentido la necesidad de defenderse. La situación, en resumen, es esta. Antes de la guerra, las naciones consideraban como un mal la falta de natalidad. En la guerra se ha visto que una de las causas del conflicto ha sido el exceso de natalidad. Cuando termine la guerra y los pueblos desan-

grados, llenos de experiencia, se planteen nuevamente este problema de la falta y del exceso de natalidad ¿qué tomarán como ejemplo, Francia o Alemania? ¿qué considerarán como un bien? ¿qué señalarán como un mal?